

In Memoriam Lucía Sala de Touron

La mañana del 29 de septiembre de 2006, en su natal Montevideo, se extinguió la larga y fecunda vida de Lucía Sala de Touron. Su desaparición física embarga con un profundo dolor a la comunidad de historiadores y científicos sociales latinoamericanos y, dentro de esa comunidad amplia, particularmente a dos de ellas: la uruguaya y la mexicana. Uruguay su patria de nacimiento, México la del exilio, tan distantes en la geografía, tan cercanas en el corazón.

Hija de inmigrantes gallegos, luchadores sociales comprometidos, su padre fue destacado militante del Partido Comunista. Lucía se comprometió desde muy joven con las causas sociales más justas, militante activa, siempre reflexiva y crítica, siempre solidaria, pero siempre rigurosa.

En el Uruguay, su "paisito", como ella le decía, comenzó su carrera docente como profesora de Historia en la enseñanza media, después en el prestigiado Instituto de Profesores "Artigas" y, por supuesto, en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Universidad de la República.

Cuando los procesos dictatoriales asolaron Latinoamérica, golpeando con singular violencia a los sectores más comprometidos y lúcidos de esas sociedades, Lucía hubo de solicitar asilo a la embajada mexicana en Montevideo, cuyo embajador, Don Vicente Muñiz, desplegó una labor no sólo generosa sino heroica, que lo hizo merecedor de la gratitud entrañable de los uruguayos exilados y del reconocimiento honroso y honorable de la diplomacia mexicana de aquellos años.

Así, en 1975, preso su esposo, Luis Touron, también luchador incansable y destacado militante del PC uruguayo, Lucía llegó a nuestro país con el resto de su familia.

Fue nuestra Universidad Nacional, siempre resguardo generoso y solidario del pensamiento crítico, la que le abrió sus puertas, y la Facultad de Filosofía y Letras el espacio académico que la cobijó durante sus largos años de exilio. En ella Lucía desempeñó una extraordinaria labor docente en el Colegio de Estudios Latinoamericanos y en la entonces División de Estudios de Posgrado.

Ciertamente fue nuestra Facultad de Filosofía y Letras el espacio prioritario del trabajo académico de Lucía, pero también otras entidades de la UNAM, que fueron lugares clave de recepción del exilio latinoamericano, tuvieron la

suerte de contar con su colaboración: la Facultad de Economía, el Centro de Estudios Latinoamericanos de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales y el Instituto de Investigaciones Sociales, por mencionar sólo algunos. En todos esos espacios formó, como en su natal Uruguay, a innumerables generaciones de jóvenes alumnos y colegas, y contribuyó de manera significativa al debate enriquecedor, a la reflexión crítica y a la renovación teórica de las humanidades y de las ciencias sociales en general, y al desarrollo de los estudios latinoamericanos en particular.

También por aquellos años, Lucía, cuya coherencia entre vida y obra jamás podrá separarse, luchadora incansable por los derechos humanos, realizó una labor valiosísima en favor de los presos políticos uruguayos y apoyó permanentemente a sus familias.

Cuando en la segunda mitad o al final de la década de los ochentas las condiciones históricas de la transición democrática en algunos países del Cono Sur permitieron el retorno de los exilados, Lucía volvió a su país y se reincorporó a sus antiguas tareas académicas en la Facultad de Humanidades de la Universidad de la República, y contribuyó a crear el Centro de Estudios Latinoamericanos, del que fuera directora por muchos años, impulsando proyectos de gran envergadura.

En los largos años en que tuvimos el privilegio de contar con su apoyo y colaboración nunca hubo proyecto, comisión o tarea alguna que le solicitáramos a la que ella negara su aporte solidario, con una tenacidad y una capacidad de trabajo que siempre nos sorprendía y maravillaba.

Autora de innumerables artículos y de muchos libros, la herencia de Lucía va mucho más allá de lo cuantificable.

Todos aquellos que la conocimos, y sobre todo los que tuvimos la inmensa suerte de trabajar con ella o cerca de ella, podremos dar fe de la excelencia de su labor docente y la calidad de su investigación.

Pero la trayectoria de Lucía Sala no se agota en la excelencia y la lucidez crítica de su trabajo intelectual, lo cual ya sería loable.

En total coherencia con su compromiso político y social, Lucía hizo de toda su vida un testimonio fehaciente y permanente de honestidad y rigor intelectual. Sus logros académicos en la docencia y la investigación fueron fruto de un trabajo acucioso sustentado en una sólida investigación histórica y en la reflexión teórica y metodológica, inseparables y garantes del verdadero trabajo científico. Su rigor y su exigencia comenzaban por ella misma. En la vida y en la obra de Lucía no hubo espacio para la ligereza y la superficialidad, menos aún para la simulación, por ello es para nosotros un pilar, un referente intachable de conducta ética, de generosidad e integridad ejemplares.

La impronta, la profunda huella que Lucía Sala dejó en todos aquellos que tuvimos el gran privilegio de ser sus alumnos, sus colegas, sus amigos, es tan grande como el enorme vacío que su desaparición física nos produce.

La riqueza de su legado nos acompañará siempre en nuestras vidas y

en nuestro compromiso universitario. Se llora su muerte y se celebra la memoria entrañable de su persona y de su vida fecunda.

Norma de los Ríos
Profesora de la Facultad
de Filosofía y Letras
y del Posgrado en
Estudios Latinoamericanos
de la UNAM